

GRAN SERTÓN: VEREDAS

A  
Aracy, mi mujer, Ara,  
le pertenece este libro

“El diablo en la calle, en medio del remolino...”

—Nonada. Los tiros que usted oyó no fueron de pelea de hombre, no, Dios me libre. Le apunté a un blanco en el árbol, en el corral, en la bajada del arroyo. Para practicar. Lo hago todos los días, me gusta; desde que era bien joven. Por eso me vinieron a buscar. Por causa de un ternero: blanco, defectuoso, con ojos de no ser; y con semblante de perro. Me dijeron; yo no quise mirarlo. Tanto que, por defecto como nació, con el hocico arremangado, cuando se reía parecía persona. Cara de gente, cara de perro; decidieron: era el diablo. Pueblo ignorante. Lo mataron. Ni sé quién era su dueño. Vinieron a pedirme mis armas; se las di. Yo supersticioso no soy. Usted se ríe de una manera... Mire: cuando es tiro de verdad, primero la jauría empieza a ladrar, instantáneamente. Después, ahí se va a ver si hubo muertos. Hay que aguantarse; así es el sertón. Algunos quieren que no lo sea: que el sertón está cercado de mesetas de afuera hacia adentro, dicen, al final del rumbo, en tierras altas, más allá del Urucua. Bobadas. Para los de Corinto y de Curvelo, entonces, ¿lo de acá no es sertón? ¡Qué tontería! Lugar sertón se ensancha: es donde los pastos no tienen límite: donde se puede correr diez, quince leguas, sin toparse con ninguna casa, y donde el criminal vive su jesucristo, alejado de la vara de la autoridad. El Urucua viene de los montes oestes. Pero, hoy, que a su orilla da de todo: hacendones de haciendas, pasturas de pastos de buen rendimiento, sembradíos; cultivos que van de selva a selva, maderas gordas, hasta vírgenes hay allá. Los *campos* corren alrededor. Esos *campos* son sin tamaño. Ya sabe, cada uno aprueba lo que quiere: sobre gustos, no hay nada escrito. El sertón está por todas partes.

¿Del diablo? No glosó. Pregunte a los moradores. Con falso recelo, se desdican en su nombre. Lo único que dicen: el *Que-te-Dije*. ¡Fuera! No... Con quien mucho se evita, se cohabita. Lo que se cuenta de un tal Arístides —el que vive en el primer palmar a mi

derecha, llamado la Vereda de la Vaca Mansa de Santa Rita—, todos se lo creen: que no puede pasar en tres lugares designados porque entonces se escucha un lloriqueo, atrás, y una vocecita avisando: “Ya voy, ya voy”, y es el capirote, *el que te dije*. . . Y un Jisé Simplicio, del que cualquiera de aquí jura que tiene un diantre en casa, un satansín, prisionero, y que lo obliga a ayudarlo en todo negocio que emprenda, razón por la que va a acabar rico. Vamos, por eso dicen también que la mula se le retoba, corcovea, no dejando que él la monte. . . Superstición. Jisé Simplicio y Arístides, hasta están engordando, dando oídos o no. Incluso mire usted: ahora mismo, en los días de esta época, hay gente propalando que el Diablo mismo paró, de paso, en Andrequicé. Un mozo de afuera habría aparecido, y allá se alabó que para venir acá —lo normal, a caballo, de un día y medio— él era capaz que con sólo veinte minutos le bastaba. . . ¡porque costaba el Río del Chico, el San Francisco, por las nacientes! O también, quién sabe. Sin ofender: ¿no habrá sido, por un casual, hasta el mismo señor que se anunció así, cuando pasó por allá, por placentera diversión graciosa? ¡Ah, ya sé, no se me enoje, sé que no fue usted! Y no buscaba pelea. Sólo que una pregunta, en el momento indicado, a veces, alumbra razón de paz. Pero el señor entienda: el tal mozo, si hay tal, quiso burlarse. Pues bien, que despuntar el Río por las nacientes sería lo mismo que adentrarse en esta nuestra provincia, viaje que lleva tres meses. . . ¿Entonces? ¿*El que te dije*? Locura. Fantasiosos. Y el respeto de darle esos nombres disfrazados, eso sí que es lo mismo que querer invocarlo y que forme forma, con sus presencias.

O no. Yo, personalmente, casi que ya perdí la creencia en él, a Dios gracias; es lo que le digo, la pura verdad. Sé que está bien establecido, que figura en los Santos Evangelios. En una ocasión tuve oportunidad de conversar con un muchacho seminarista, muy prudente, embebido en su libro de oraciones, vestido con sus ornamentos, con una vara de *maría* en la mano, que me contó que iba a asistir al cura para sacar al demonio del cuerpo vivo de una vieja, en la Cascada de los Bueyes, iba con el vicario de Campo Redondo. . . Yo me entiendo. ¿Ud. no es como yo? No

me creí ni una palabra. El compadre mío Quelemém dice que los que aturden son los bajos espíritus descarnados, de tercera, revolviéndose en las peores tinieblas y con ganas de meterse con los vivos —se poseionan de ellos. El compadre mío Quelemém es quien mucho me consuela —Quelemém de Góis. Pero él tiene que vivir lejos de acá, en Jijujá, Vereda de la Palmera Parda. Ande, déjeme, que —endemoniados o poseídos— usted mismo ha de haber conocido a varios, hombres y mujeres. ¿O me equivoco? Yo vi tantos que ya aprendí. El Relincha-Madre, el Sangre-del-Otro, el Mucho-Hocico, el Rasga-Abajo, el Facón-Frío, el Cabrón, un tal Treciziano, el Herrumbre, el Hermógenes, un montón. Si pudiera olvidar tantos nombres. . . No soy amansador de caballos. Y, aun, quien a yagunzo se mete, ya es de alguna manera cómplice del demonio. ¿Será o no será?

Al principio, yo hacía y deshacía, y pensar no pensaba. No tenía tiempo. Viví sacando difícil de difícil, pez vivo en el asador: quien muele en lo ásp'ro, no fantasea. Pero ahora, con este descanso que me viene, y sin pequeños desasosiegos, estoy rumia que te rumia. Y me inventé este gusto de especular ideas. ¿Existe el diablo o no existe? Doy lo dicho. Arreniego. Estas melancolías. El señor ve: existe la catarata, ¿y entonces? Pero la catarata es barranco en el suelo, y el agua que cae por ahí, retumbando; usted consume esa agua o deshace el barranco, ¿queda alguna catarata? Vivir es negocio muy peligroso. . .

Le explico: el diablo rige dentro del hombre, en las asperezas del hombre —o es el hombre arruinado, o el hombre de los reverses. Suelto, por sí, ciudadano, no hay diablo alguno. ¡Ni unito, es lo que le digo! ¿Concuerda? Sea franco conmigo: es alta merced que me hace; pedir eso puedo, encarecidamente. Este caso —por extraño que me considere— es muy importante para mí. Ojalá no lo fuera. . . Pero, ¿no diga que usted, sesudo e instruído como es, cree en la persona de él? ¿No? Le agradezco. Su alta opinión compone mi valor. Ya sabía, la estaba esperando; de pronto, el campo. Ah, la gente, en la vejez, precisa tener su airecito de descanso. Le agradezco. No hay diablo ninguno. Ni espíritu.

Nunca vi. Si alguien tenía que verlo, ése soy yo, su servidor. Si le contara... Bien: el diablo regula su negrura en los mortales, en las mujeres, en los hombres. Hasta en las criaturas, le digo. ¿O acaso no se dice “ese chico es un demonio”? Y en los usos, en las plantas, en las aguas, en la tierra, en el viento... Basura... *El diablo en la calle, en medio del remolino...*

¿Eh?... ¿Eh?... Ah. Figuración mía, de peor si queda atrás, los ciertos recuerdos. ¡La pucha! Me da pena no contarle. Mejor, fíjese: es que en un mismo suelo, con igual formato de ramas y hojas, ¿no da la mandioca mansa, que se come común, y la mandioca brava, que mata? ¿Vio usted tamaña rareza? La mandioca dulce puede de repente volverse amarga; por qué, no sé; a veces se dice que es porque se la planta siempre en el mismo terreno, con mudas seguidas, de tallos –va amargando, de tanto en tanto; de sí misma toma su propio veneno. Y fíjese: la otra, la mandioca brava, también a veces puede virar mansa, a lo tonto, y comerse sin ningún mal. ¿Y eso qué es? ¿Eh? ¿Y usted ya vio, por ver, la fealdad del odio arrugado, *carantoño*, en la cara de una víbora cascabel? ¿Observó el chanco gordo, cada día más feliz el bruto, capaz de, si pudiera, roncar y engullir por su sucia comodidad a todo el mundo? ¿Y el gavilán, el cuervo, algunos, sus facciones ya representan la precisión de cortar hacia delante, rasgar y despedazar con el pico, parece una navaja afilada por un ruin deseo. Todo. Hay hasta torcidas razas de piedras, horrorosas, venenosas, que arruinan de muerte el agua si yacen en el fondo del pozo; en ellas duerme el diablo: son el demonio. ¿Se sabe? Y el demonio, que es sólo un espíritu maligno, ¿tiene orden de seguir el camino, tiene licencia para campear?! *Arre*, que anda metido en todo.

Que lo que nos gasta, va gastando también al diablo dentro nuestro, de a poquito, es el razonable sufrir. Y la alegría del amor –dice mi compadre Quelemém. La familia. ¿De veras? Sí y no. Usted puede estar de acuerdo o no. Todo es y no es... Y hasta el más grave y feroz criminal casi siempre es muy buen marido, buen hijo, buen padre, y es buen amigo de sus amigos. Sé de esos. Sólo que hay el después –y Dios, a su lado. He visto muchas nubes.

Pero, la verdad, un hijo también ablanda. Mire: uno llamado Aleixo, residente a una legua del Paso del Podrido, en el de la Arena, era hombre de las mayores ruindades a sangre fría que se haya visto. Me gustó que cerca de su casa había un arroyito, entre palmeras, con tarariras, enormes fuera de lo común, extraenormes, en lo real, que se hicieron famosas; el Aleixo les daba de comer, siempre en horario, y ellas se habían acostumbrado así, las locas, a venir para comer, que parecían peces amaestrados. Un día, sólo por gracia rústica, mató a un viejito que pasaba por ahí, pidiendo limosna desvalido. No lo dude: hay gente, en este mundo malvado, que mata sólo para ver la mueca que hacen... Y, después, el resto usted lo pruebe: viene el pan, viene la mano, viene el San, viene el can. Este Aleixo era hombre afamiliado, tenía hijos pequeños, que eran su vida, todo, un despropósito. Escuche bien: no había pasado ni un año de matar al viejito pobre, y los hijos del Aleixo se enfermaron. Epidemia de sarampión, dijeron, pero complicado: nunca sanaban. Cuando, al final, sanaron. Pero los ojos de ellos enrojecían intensos, en una hinchazón de sarpullido rebelde; y subsiguiente –lo que no sé si fueron todos a un mismo tiempo, o primero uno y luego el otro y el otro– quedaron ciegos. ¡Ciegos, sin remisión, sin ni siquiera una chispa de luz de esta luz nuestra! Imagínese: una escalerita, tres varones y una nena, todos ciegos. Sin remediable. El Aleixo no perdió el juicio, pero cambió. Ah, recambió completo: ahora vive del lado de Dios, sudando para ser bueno y caritativo a toda hora del día y de la noche. Hasta parece que se volvió feliz, que antes no lo era. Él mismo dice que fue un hombre de suerte, porque Dios quiso tener pena de él, transformar para allá el rumbo de su alma. Yo escuché eso y me dio rabia. Por las criaturas. Si era castigo, ¿qué culpa de las hazañas del Aleixo tenían aquellos chiquilines?!

Mi compadre Quelemém me reprochó mis dudas. Que, seguro, en la otra vida vivida, los chiquitos también habían sido malvados, de la misma madera y pieza que el padre, demonios del mismo caldero de lugar. ¿A usted qué le parece? ¿Y el viejito asesinado? Ya sé que usted va a discutir. Pues, también. En orden

de que él también tenía un pecado de crimen en el cuerpo todavía por pagar. Si la gente –según dice el compadre mío Quelemém–, si la gente se reencarna renovada, pienso que hasta un enemigo de muerte puede venir como hijo del enemigo. Mire vea: si me digo, hay un sujeto Pedro Pindó, vecino de acá a seis leguas, hombre de bien por todo y en todo, él y su mujer, siempre sidos buenos, de bien. Él tiene un hijo de unos diez años, llamado Valtei –nombre moderno, de esos que ahora el pueblo aprecea, ya sabe. Pues esecito, esesí, desde que algún entendimiento se prendió en él, enseguida mostró lo que es: malvado a pedido, ácido quemador, amante de lo ruin desde el fondo de las especies de su naturaleza. El tal que judiaba, despacito, en todo bicho o criaturita pequeña que se le cruzaba. Una vez encontró una negra que estaba durmiendo su borrachera, agarró una botella rota, y le cortró la pulpa de la pierna en tres sitios distintos. Lo que ese chico se babea viendo, es desangrar gallinas o acuchillar chanchos. –“A mí me gusta matar...” –me dijo en una ocasión de muy chiquitito. Me dio un susto; porque, ¡pajarito que aletea, ya está volando! Así que, fijese: el padre, Pedro Pindó, como modo de corregir eso, y la madre, le pegaban, de miseria y mástil: lo dejaban sin comer, lo amarraban a los árboles del patio, desnudo desnudado, mismo en el frío de junio, le labran el cuerpito a golpes de chicote y cinturón, después le limpian la sangre de la piel con tazones de salmuera. Uno lo sabe, lo ve, y queda disgustado. El chiquito ya adelgazó de flacura, tiene los ojos hundidos, carita de huesos, acalaverada, y entisicó, tose todo el tiempo, una tosedura de la que saca el pecho seco. Ande, que ahora, visible, Pindó y su mujer se acostumbraron a pegarle, de a poquito en poquín fueron creando un placer bruto de diversión –como regulan las palizas en horarios fijos cómodos, y hasta llaman a la gente para que vea el buen ejemplo. Me parece que ese chico no dura mucho, ya está en un tilín, no llega a la cuaresma que viene. ¡Eh, eh! Si no es como quiere mi compadre Quelemém, ¿qué explicación me da usted? Aquel niño había sido hombre. Debía, en el balance, terribles perversidades. Su alma estaba en las tinieblas. Se veía. Y ahora lo pagaba. Ah, pero

ocurre que, cuando está llorando y penando, sufre igual que un niño buenito... ¡Ave María, vi de todo en este mundo! Ya vi hasta caballo con sollozo... –que es lo más raro del mundo.

Bien, pero usted dirá, debe: y al principio –las personas, para pecados y artes– ¿cómo, por qué fue que tantas correcciones comenzaron? Eh, eh, ahí todos se detienen. Mi compadre Quelemém también. Soy sólo un sertanero, en estas altas ideas navego mal. Soy muy pobre desdichado. Mi envidia pura es de unos conforme el señor, con toda la lectura y suma doctoración. No es que yo sea analfabeto. Deletreé, año y medio, con silabario, memoria y palmeta. Tuve maestro, el Maestro Lucas, en el Corralito, aprendí gramática, las operaciones, la regla de tres, hasta geografía e historia patria. En hojas grandes de papel, bien prolijo dibujé bonitos mapas. Ah, no es por hablar: pero, desde el principio me encontraron sofismado de astuto. Y que merecía ir a estudiar latín en la escuela de la capital, también decían. ¡Ah, qué tiempos! Todavía hoy apreceo un buen libro, despaciadamente. En la estancia El limoncito, de un amigo mío, Vito Soziano, llega ese almanaque gordo, de logogrifos y acertijos y otras diversas notas, todos los años. Sin embargo, doy primacía a la lectura provechosa, vida de santo, virtudes y ejemplos –misionero ingenioso engatusando a los indios, o San Francisco de Assis, San Antonio, San Gerardo... Me gusta mucho la moral. Raciocinar, exhortar a los otros hacia el buen camino, aconsejar lo justo. Mi mujer, que usted conoce, vela por mí: reza mucho. Es una bendecible. Mi compadre Quelemém dice siempre que puedo aquietar mi temor de consciencia, porque estoy bien cuidado y terribles buenos espíritus me protegen. ¡Viva! Con gusto... Como es de efecto saludable, ayudo con mi querer creer. Pero no siempre puedo. Para que lo sepa: yo toda mi vida pensé por mí mismo, liberto, soy nacido diferente. Yo soy yo mismo. Diverjo de todo el mundo... Y casi no sé nada. Pero desconfío de todo. Si me permite, le digo: para pensar lejos, soy perro cazador: usted suelte una idea ligera enfrente mío y la rastro hasta el fondo del monte, ¡amén! Mire: lo que hace falta es que se reúnan los sabios, los políticos, las constituciones importantes, y

cierren definitivamente la noción, proclamar de una vez y para siempre, en forma de asambleas, que no hay diablo alguno, que no existe, que no puede. ¡Valor de ley! Sólo así se tranquilizaba a la gente buena. ¡¿Por qué el gobierno no se ocupa?!

Ah, yo sé que no es posible. No me tome por un ignorante. Una cosa es poner ideas ordenadas, otra es lidiar con un país de personas, de carne y hueso, de mil y tantas miserias... Tanta gente –da miedo pensarlo– y ninguno se sosiega: todos naciendo, creciendo, casándose, queriendo colocación en un empleo, comida, salud, riqueza, ser importante, queriendo lluvia y buenos negocios... De suerte que se necesita elegir: o se teje el propio vivir en la sinvergüenza común, o sólo se preocupa sólo de la religión. Yo podía ser padre sacerdote si no jefe de yagunzos; para otras cosas no fui parido. Pero mi vejez ya principió, y perdí toda cuenta. Y el reumatismo... Como quien dice: en las últimas. Ahhhh.

¿Eh? ¿Eh? Lo que más pienso, testimonio y explico: todo el mundo está loco. Usted, yo, nosotros, todas las personas. Por eso es que se necesita principalmente de religión: para desenloquecer, deschiflar. Rezo es lo que sana de la locura. En general. Eso es lo que es la salvación del alma. ¡Mucha religión, joven! Yo, acá, no pierdo ocasión de religión. Aprovecho todas. Tomo agua de todos los ríos. Una sola, para mí es poco, tal vez no me alcance. Rezo cristiano, católico, me meto en lo cierto; y acepto las oraciones de mi compadre Quelemém, de su doctrina, de Kardec. Pero, cuando puedo, voy al Mindubim, donde un tal Matías es creyente metodista: uno se acusa de pecador, lee en voz alta la Biblia, y ora, cantando los lindos himnos de ellos. Todo me aquieta, me suspende. Cualquiera sombrita me refresca. Pero es muy provisorio. A mí me gustaría rezar todo el tiempo. Mucha gente no me aprueba; creen que la ley de Dios es privilegios, invariable. ¡Y yo! ¡Bah! ¡Detesto! ¿Qué soy yo? Lo que quiero, lo que hago, es con mucha propiedad. Y lo hago en la cara de todos, ejecutado. ¿Yo? No me descarrío.

Mire: hay una negra, María Leoncia, no vive lejos de aquí; sus rezos tienen fama de tener mucha virtud de poder. Yo le pago,

todos los meses, para que rece por mí un tercio, todos los santos días, y los domingos un rosario. Y vale. Mi mujer no ve nada mal en eso. Y estoy, ya mandé mensaje para otra, de Vau-Vau, una Izina Calanga, para que venga, porque oí que reza con grandes meremerecimientos, voy hacer con ella igual trato. Quiero un puñado de esas, defendiéndome en Dios, con ellas reunidas a mi alrededor. ¡Llagas de Cristo!

Vivir es muy peligroso... Querer el bien con demasiada fuerza, de forma equivocada, puede estar ya siendo querer el mal, para empezar. ¡Estos hombres! Todos tiraban del mundo hacia su lado, para el arreglar arreglado. Pero cada uno sólo ve y entiende las cosas de un modo suyo. El sumo, el más superior, el más serio, fue Medeiro Vaz. Hombre a la antigua... Don Joazinho Bembem, el más bravo de todos; nadie pudo nunca descifrar cómo era él por dentro. Joca Ramiro, gran hombre, ¡príncipe!, era político. Zé Bebelo quiso ser político, pero tuvo y no tuvo suerte: zorro que se demoró. Don Candelario se endiabló, por pensar que estaba con una enfermedad mala. Titán Passos valía lo que sus amigos: sólo gracias a ellos, a sus mismas amistades, fue que tan fuerte se ayagunzó. Antonio Dó, severo bandido. Pero sólo por la mitad, por más mayor mitad que sea. Andalecio, en el fondo un buen hombre de bien, atolondrado rabioso en toda su justicia. Ricardón, incluso, que lo que quería era en realidad ser rico en paz; para eso guerreaba. Sólo el Hermógenes fue que nació formado tigre, y asesino. ¿Y el “Yarará-Blanca”? Ah, ni me hable de ese... Tristoño llevado, que fue, era una pobre criatura del destino...

Tan bien, conforme. El señor oía, yo le decía: el ruin con el ruin, terminan por quebrarse las espinas. Dios espera ese desgaste. Joven, Dios es paciencia. Lo contrario, es el diablo. Se desgasta. Usted frota cuchillo con cuchillo y se afilan, se raspan. Hasta las piedras del fondo, una da en la otra y se van arredondeando lisas, que el riachito rueda. Por ahora, lo que yo pienso, es que todo lo que hay en este mundo es porque se merece y necesita. Antesmente necesario. Dios no aparece con rifle, no aprieta el reglamento.



¿Para qué? Deja: bobo con bobo, un día alguno estalla y aprende: se aviva. Sólo que a veces, para ayudar más, Dios desparrama en el medio una pizca de pimienta.

¿Será? Vea, un ejemplo: hace un tiempo, fui de tren, allá en Siete Lagunas, a una parte a consultar a un médico que me habían mentado. Fui bien vestido, y en vagón de primera clase, por si las dudas, para que no me calaran como yagunzo antiguo. No va que sucede que, bien cerca de mí, enfrente, se sentó, volviendo de este bravo Norte, un mozo Yacevedón, delegado profesional. Venía con un capanga de él, un espía, y yo bien que conocía a los dos, que tanto uno era ruin, como ruin era el otro. La verdad, le digo: primero tuve el estricto de cambiarme de asiento, cambiar de lugar. Juicio, me dije, mejor me quedaba. Pues, quedándome, vi. Y, le digo: nunca vi cara de hombre provista de tanta brutalidad y maldad como en ese. Como que era un caballo palafrenero, tonto de achaparrado, relucía crueldad en sus ojos pequeños, armado de una quijada de piedra, cejotas; casi no tenía frente. No se reía, no se rió ni una sola vez; pero, hablando o callado, siempre se le veía algún diente, un colmillo puntudo de guará. Ande, y bufaba un poquito. Sólo murmuraba corto, bajo, con medias palabras encrespadas. Venía reojeando, historiando la papelada, una a una las hojas con retratos y con las huellas de los dedos de yagunzos, ladrones de caballos y criminales de muerte. Aquella aplicación al trabajo en uno de esa laya, daba bronca. El espía, chismoso, bien cerca, lo atendía aplicado en ser como un perro. Me dio un recelo, pero sólo en lo bobo del cuerpo, no en lo interno de los corajes. En uno de esos momentos, una de aquellas hojas se cayó, y yo me agaché rápido, vaya a saber por qué, no quise, no pensé –hasta hoy tengo vergüenza de eso–, levanté el papel del piso y se lo entregué. De ahí, le digo: tuve más rabia, porque hice aquello; pero ya estaba hecho. El hombre ni me miró, ni me dijo ningún agradecimiento. Hasta las suelas de sus zapatos, sólo de verlas, qué gruesas suelas duras, dobladas de enormes, parecían de hierro de bronce. Porque yo sabía: ese Yacevedón, cuando prendía a alguien, la primera quieta cosa que procedía era que venía entrando, sin tener qué decir,

fingía unos apuros, e iba y pisaba encima de los pies descalzos de los pobres. Y que en esas ocasiones daba unas carcajadas, daba... ¡Puaj, qué asco! Le di la hoja de papel y fui saliendo de ahí, para contenerme de no destruir a tiros a aquel sujeto. Carnes que mucho pesaban. Y él ombligaba un principio de barriga bien barriguda, que me dio ganas... Con mi blandura, feliz lo mataba. Pero las barbaridades que ese delegado hizo, e hizo que ocurrieran, el señor, no tiene callos en el corazón para poder escucharme. Consiguió que mucho hombre y mujer llorara sangre por este simple universo nuestro de aquí. Sertón. Usted sabe: sertón es donde manda quien es fuerte, con las astucias. ¡Dios mismo, cuando venga, que venga armado! Y la bala es un pedacitito de metal...

Tanto, digo: Yacevedón, ¿uno así, tenía que haber, era necesario? Ah, es necesario. Cuero ruin reclama punzón puntiagudo. Sea que, después –negocio particular de él– en esta vida o en la otra, cada Yacevedón, cumplido que tenga lo suyo, cae en su tiempo de penar, también, hasta pagar lo que debe; mi compadre Quelemém está ahí para fiscalizar. El señor sabe: el peligro que es vivir... Pero sólo de un modo de esos, por feo instrumento, fue que la yagunzada se acabó. ¿El señor piensa que Antonio Dó u Olivino Oliviano iban a volverse buenos por puro deletrear suyo, o por ruego de los infelices, o por oír siempre sermón de padre? ¡Te creo! Por los indicios...

De yagunzo comportado, activo para arrepentirse en medio de sus yagunzadas, sólo atestigo de uno, llamado Joé Cazuzo; fue en el arraso de un tiroteo, para arriba del lugar Sierra Nueva, distrito de Río Pardo, en el riachuelo Trazadal. Éramos una minoría bien pequeña, y arriba de nosotros se cerraba el personal de un Coronel Dalvino, fuerte político, con muchos soldados uniformados en el medio del centro, comandados por el Teniente Reis Leme, que después fue capitán. Aguantamos hora tras hora, y ya casi nos dábamos por cercados. Entonces, de golpe, aquel Joé Cazuzo –hombre muy valiente– se arrodilló en el suelo del monte, ido, levantó los brazos que ni rama de jatobá seco, y sólo gritaba, aullido claro y aullido sordo: –“*Vi a nuestra virgencita, en*